


EL MUSEO DEL CORCHO



Nos falta el museo del corcho. Antes de que desaparezcan viejas reliquias de la más añeja tradición, en esta industria, antes de que desaparezca la misma industria, al menos en su estructuración presente, convendría crear ese museo. Y que nadie se sonría irónicamente, porque a su necedad, si lo hace, oponemos un razonamiento lo suficientemente lógico para que no se echen en saco roto las sugerencias que lo sustentan.

Primera Razón: La Singularidad

Las piedras venerables que presidieron el paso de los siglos, son conservadas por todas las villas y ciudades. Un ventanal gótico, debido a eso, necesita poseer un mérito extraordinario para ser una pieza capaz de destacar entre sus compañeras.

Otras ciudades, marineras, guardan, alineados en las salas de su museo, los espolones, bombardas, timones, jarcias y estandartes de sus naves históricas, y éstas completas, en miniatura.

Ripoll presenta, orgullosa, su museo de etnografía e industrias populares montañosas.

En un plan de mayor originali-

dad, Vilafranca del Penedés ostenta su interesantísimo museo del vino.

¿Por qué no crear, en San Feliu, el museo del corcho? ¿Hay algo más singular, a lo que menos competencia puedan librar los más originales museos del mundo?

Segunda Razón: La Capitalidad

Como centro más importante de la Costa Brava, como capital, en suma, de la misma, es a San Feliu a quien corresponde crear y presentar al mundo su museo del corcho. Tengamos únicamente en cuenta que *todo el mundo* pasa por aquí.

La capitalidad de la Costa Brava quedaría realzada con la posesión de una colección tan original como el corcho podría ofrecer. Una tal medida, sobre pasmar a los extraños, captando su interés, habría de contribuir asimismo a fomentar el propio orgullo sano de los guixolenses.

Tercera Razón: La Oportunidad

Este es el momento en que precisa hacer esta obra; cuando la revalorización de la Costa Brava en las esferas estatales, en los medios internacionales y en la conciencia nacional es un hecho; cuando, de otra parte, vivimos una época de complejas perspectivas para la materia prima titular de la industria, con las transformaciones que en su

empleo han ideado los técnicos o impuesto las mismas evoluciones económicas del mercado. Cuando, en fin, tras de nosotros va quedando, vestida del tenue ropaje del recuerdo, una tradición primeriza, simpática y burda, que junto al legado de su original técnica, nos regala el tesoro vivísimo de un trasfondo anecdótico fascinador.

Ahora es el momento: mientras van desapareciendo camino del último jardín, los viejos «tapers», recordamos el pertume de unos tiempos felices que ya comienzan a recordarse — ¿verdad, Gaziell? — en tono elegíaco.

Como podría ser el Museo del Corcho

Dejadme que, por un momento, imagine un San Feliu sin los anticristianos agobios de la escasez (perdón, falta) de locales. Que disponga, en mi imaginación y en la vuestra de bastante espacio.

El museo miraría al mar y a la montaña. Aunque sería de desear su instalación en edificio de nueva planta, contentémonos con un almacén o un piso espacioso.

Lo primero que llama la atención del forastero visitante es que el pequeño vestíbulo está totalmente embaldosado de corcho aglomerado.